

VALOR DE LA HISTORIA

por NICOLAS BENAVIDES MORO
General de Estado Mayor
Ex-Director del Servicio Histórico Militar

CONSIDERACIONES GENERALES

El Profesor Olsehki (1), de la Universidad de Heidelberg, en una conferencia que pronunció en 1929 sobre «La herencia literaria de la Edad Media», dijo:

«Como se ve a diario, no pierde actualidad la conocida frase de Cicerón, que llamaba a la Historia *maestra de la vida*. A pesar de las variaciones accidentales en los hechos humanos, queda siempre, como enseñanza de ellos, la experiencia utilísima de los errores o aciertos de los hombres; habiendo, además, *en los actos guerreros, algo fundamental e inmutable, que a través de los tiempos se repite*, no obstante el creciente avance del progreso que se refleja en las características de las armas y en otros aspectos.» (Subrayamos.)

«Suele a veces mirarse con desprecio el pasado, sobre todo por los que se creen espíritus fuertes, sin pensar que las innovaciones no son absolutas sino raras veces, y que toda época está ligada a las precedentes en una concatenación indestructible. No se puede, pues, romper con el pasado tan fácilmente como parece. La vida tiene sus raíces en él.»

«... el programa de todo historiador ha de ser sentir la polifonía de la cultura en sus tonos dominantes, pero sin olvidar las grandes corrientes históricas.»

«Si hemos de creer en la indestructibilidad de las manifestaciones intelectuales, resultará para el historiador un nuevo tema, consisten-

(1) Véase N. BENAVIDES, *Supervivencia de Napoleón I en la guerra moderna*. Valladolid, 1933, págs. 7 y 8.

te en reconocer lo que en nosotros vive y fructifica del pasado, de un modo inconsciente; nexos misteriosos que la historia ha de investigar para que nos puedan ser revelados.»

El General Foch, en el prefacio de la primera edición de su magna obra titulada *De la dirección de la guerra* (que se reproduce en las siguientes), dice:

«Para mantener en condiciones, en tiempo de paz, el cerebro de un ejército, e inclinarlo constantemente hacia la guerra, *no hay libro más fecundo en meditaciones que el de la Historia*. Si la guerra, tomada desde el punto más elevado, es una lucha de dos voluntades (2), *la precisión de las decisiones* (3) *se inspira siempre en las mismas consideraciones que en el pasado*: las mismas faltas se reproducen, llevando a los mismos fracasos; *el arte* (4) *bebe en las mismas fuentes.*» (Subrayamos.)

Esta primera edición fué de 1904. Pues bien, en la sexta, que publicó Foch en 1921 (en 1918 había terminado la primera Guerra Europea, en la que fué ascendido a Mariscal) escribió, en el prefacio, que nada tenía que rectificar de lo que había dicho en aquélla. En 1927 apareció la séptima, en igual forma, y lo mismo manifestó en las siguientes, considerando subsistente lo antedicho.

En su otra importantísima obra titulada *De los principios de la guerra* (dedicada al estudio de las campañas napoleónicas), escribió:

«Se ha discutido la existencia de estos principios, primero, y después su buen fundamento; sin embargo, fué Napoleón quien ha escrito: *Los principios de la guerra son aquellos que han guiado a los grandes capitanes cuyos altos hechos nos ha transmitido la Historia.*» (Subrayamos. Buen testimonio a favor de ésta.)

Ello puede aplicarse a cualquier época, adaptándolo a los progresos científicos que se aplican a la guerra. Desde el tiempo de Napoleón al de Foch se habían producido grandes innovaciones (habían surgido los carros de combate y la Aviación como armas de guerra, además de enormes adelantos en la Artillería y en otros elementos) y, sin embargo, Foch consideraba subsistentes esos principios *consagrados por la Historia*.

(2) Las de los jefes supremos de las tropas de dos bandos opuestos.

(3) Como sabemos, la *decisión* es el atributo principal del jefe y su principal deber.

(4) Aquí el de la guerra.

Seguramente, si hubiera vivido tras la reciente Guerra Mundial, habría confirmado sus anteriores asertos, pues esa guerra (contra lo sustentado por algunos tratadistas anteriores a ella, ofuscados por la gran potencia que alcanzaron las armas utilizadas en los frentes defensivos y por la larga estabilización de éstos en la de 1914-1918) lo fué, principalmente, de maniobra, y la citada de 1914-18 terminó por la maniobra, magistralmente dirigida por el propio Foch, aplicando a ella los principios militares que la Historia le había mostrado.

Claro es que esos principios no se aplican solamente a la *maniobra* (para la batalla, en ella o después de ella en movimientos subsiguientes), sino también en otros aspectos de la guerra.

Citemos, como ejemplo, uno de ellos: *la sorpresa*. Esta se utilizaba, desde luego, en el aspecto táctico; es decir, en la aparición inesperada de una masa de tropa sobre un flanco o sobre la retaguardia del enemigo, produciendo en él dos efectos catastróficos: uno de orden *material* (el derrumbamiento o el desorden del dispositivo de fuerzas) y otro, *moral* (la deprimente sensación, en la tropa, de ver cortadas sus comunicaciones sin posibilidad de retirada, abastecimientos, etc.). Pero la sorpresa tiene otra modalidad *técnica* muy importante: la aparición inesperada, en uno de los bandos, de *ingenios* o elementos de guerra totalmente ignorados por el contrario. Esto ocurrió, en la primera Gran Guerra, con los *gases*, empleados por los alemanes, y con los *carros de combate* (tanks), utilizados por los ingleses.

En ambos casos, el bando innovador sorprendió al enemigo y rompió su frente en la parte atacada, que fué bastante extensa. Pero, en los dos casos, también faltó por parte del atacante la previsión de tener dispuesta e inmediata una masa importante de tropa para que penetrara por el boquete y atacara en el interior, produciendo en él los efectos táctico y moral antedichos, lo que, acaso, hubiera cambiado el curso de la guerra. Mas los dos contendientes, al no tener esta previsión, dejaron de aplicar el gran principio que Napoleón llevó a sus últimas consecuencias: la *explotación del éxito*. Esta es una lección de la Historia relativamente reciente.

Muy grandes son los progresos científicos que actualmente podrían aplicarse a la guerra, especialmente las armas atómicas; pero (aparte de que se necesita la confirmación de su eficacia táctica por la experiencia) hay que tener en cuenta que en la citada guerra de 1914 a 1918 no fué decisivo el empleo de los gases y de otros agen-

tes químicos (contra cuyo veneno surgió la triaca consistente en las caretas, trajes adecuados y otros remedios), y siendo entonces inmensos los daños causados a las poblaciones civiles de ambos bandos, se suprimió aquel arma novísima en la siguiente contienda mundial, porque esos daños eran mutuos y terribles.

Este temor (no menos eficaz por ser egoísta, sino más, precisamente por eso), es el que seguramente hará meditar muy seriamente a todas las naciones antes de decidirse a emplear el arma atómica —por ser de dos filos—, con lo que posiblemente, en una nueva guerra, se aplicarían los medios que se utilizaron en la reciente mundial, y, aunque están más perfeccionados (Aviación y armamento diverso) que en ella, es de suponer que no cambiarían radicalmente las características en esa nueva hipotética contienda. Entre las dos antes citadas hubo grandes mejoras y progresos que no afectaron a la táctica en la segunda, pues en ésta siguió existiendo la maniobra en toda su gran amplitud, volviendo a aplicarse los eternos principios de la guerra. Aquéllos que la Historia nos enseña.

Es de esperar que muchos de esos progresos científicos podrán tener aplicaciones beneficiosas para la Humanidad, como las han tenido tantos otros surgidos de la guerra o para la guerra. Parecerá demasiado optimista esta apreciación, surgida de lo que ocurrió con los gases deletéreos.

Pero, aunque se adoptara la decisión suicida de emplear el arma atómica, se aplicarían, al propio tiempo, los medios de neutralizar o de aminorar sus efectos en los campos de batalla y fuera de ellos, lo que está en estudio y en ensayo.

En todo caso, en la guerra siempre actuará *el hombre*, el soldado, que es quien debe hacer retroceder al enemigo y ocupar su terreno, o defenderlo, en su caso, resistiendo o maniobrando.

Repetimos, por ello, que no creemos enterrada *la maniobra*, ni mucho menos, y que consideramos que, con ella principalmente, subsistirá la aplicación de los inmanentes principios de la guerra, cuyo conocimiento nos ha transmitido la Historia en sus descripciones de campañas (Estrategia) y batallas (Táctica).

Subsisten, por tanto, estos conceptos fundamentales de Napoleón I (5):

(5) N. B. M., ob. cit., pág. 93 y ss.

Respecto a la entraña del arte militar, decía que es «*sencillo y todo de ejecución*». Quería decir que en la acción militar no deben hacerse combinaciones complicadas, sino sencillas y rápidamente realizables, y que la base del éxito está en su adecuada y racional realización.

En cuanto a la modalidad de esa ejecución que él consideraba resolutive, dijo: «*Haced la guerra ofensiva, como Alejandro, Aníbal, César, Gustavo Adolfo, Turena, el Príncipe Eugenio y Federico II...*»

Respecto a las fuentes para la formación del Jefe, añadió, aludiendo a los caudillos citados: «*Leed y releed la historia de sus 83 campañas; modelaos sobre ellas...*» «*¿Queréis saber cómo serán las batallas? Leed y medita las relaciones (6) de las 150 batallas de estos grandes Capitanes.*»

Lo que él buscaba en esto no era el relato de las marchas y de las incidencias menudas de las batallas, sino «la buena o mala aplicación de los principios eternos del arte de la guerra», dice su gran comentarista el General francés Camón.

Ya, en Santa Elena, escribía el Emperador:

«Que mi hijo lea y medite a menudo la Historia. Ahí está la verdadera filosofía (7). Que lea y medite las guerras de los grandes Capitanes; es *el único modo de aprender la guerra.*» (Subrayamos.)

Como ratificación de esto, y aplicándolo a Francia, decía:

«Una cátedra de Historia en la que se hiciera ver cómo han sido defendidas nuestras fronteras en las diferentes guerras, por los grandes Capitanes, produciría grandes ventajas.» Y trazaba el programa a desarrollar en esa cátedra.

El General Camón, en su obra *Para aprender el arte de la guerra*, dice:

«En los años anteriores a la guerra (8) fué moda en nuestras escuelas militares querer deducir la estrategia del estudio detallado de una sola campaña, y el arte de las batallas del estudio detallado de una sola batalla. Esto era un gran error: el estudio de un hecho de guerra no puede permitir establecer una teoría general.»

Ya Napoleón había dicho, como vimos, que los principios sólo se deducían del estudio de las campañas de los grandes Capitanes y, por

(6) Es decir, los relatos históricos.

(7) La de la guerra.

(8) La de 1914-1918.

tanto, de muchos hechos de guerra; es decir, de muchos *casos concretos*. Pero reales, *históricos*.

En fin, el genial curso dijo también:

«La táctica, las evoluciones, la ciencia del ingeniero y del artillero (9) pueden aprenderse en los tratados casi como la Geometría, pero el conocimiento de las altas partes de la guerra no se adquiere más que *por el estudio de la Historia* de las guerras y de las batallas de los grandes Capitanes, y *por la experiencia*.» (Subrayamos.)

Naturalmente, es imprescindible el ejercicio constante de la profesión militar, mediante la práctica en ejercicios y maniobras, que es lo que da la *experiencia* en la paz. Claro que la mejor práctica es la guerra misma; haber participado en ella da gran experiencia al que lo hizo, pero ello no le exime de una constante preparación activa para otra, siempre teniendo en cuenta las innovaciones de orden técnico, doctrinal o táctico que puedan darla nuevos matices dentro de los principios inmutables que la rigen y que la Historia Militar nos muestra en repetidos hechos de armas.

Otro General francés, Boucher, escribió una notabilísima obra titulada *Las leyes eternas de la guerra*, en la que, de un modo admirable, trae los principios de la guerra desde las campañas de la antigüedad clásica hasta las de nuestro siglo (dando la especial atención que merecen a las napoleónicas), y censura acremente la no aplicación de esos principios en la de 1914-1918 por parte del Ejército de su nación, lo que le originó grandes daños. Es decir, el olvido de la Historia de las guerras de los grandes Capitanes, que Napoleón recomendaba estudiar.

Veamos ahora lo que pidió este último, para su primera campaña, conforme a sus ideas en el aspecto que examinamos.

En el Archivo del Depósito General de la Guerra, en París, existía la siguiente carta del General Calonne, Director de aquél, al Ministro de la Guerra, referente a la petición que le había hecho Napoleón Bonaparte (hacia poco ascendido a General de División por haber dominado enérgicamente la insurrección parisiense de 5 de octubre de 1795 contra la Convención), al ser nombrado para mandar el Ejército francés que, batido y hambriento, estaba refugiado en los Alpes Marítimos o ligúricos al Norte de Génova. Era el año 1796. Dice así:

(9) La técnica, no la táctica, que entra en el arte de la guerra.

«*París, 12 del Ventoso. Año IV.*—El General Bonaparte, Comandante en Jefe del Ejército del Interior, pide como efectos que necesita para prestar sus servicios en el Ejército de Italia, al que ha sido destinado, los siguientes:

- 1.º Las Memorias de Maillebois con el atlas.
- 2.º La descripción del Piamonte.
- 3.º La Historia Militar del Príncipe Eugenio.
- 4.º Las campañas de Vendôme.
- 5.º Un mapa del Piamonte y de la Lombardía.
- 6.º Un mapa de conjunto de toda Italia.
- 7.º Un mapa de Francia con sus divisiones militares.
- 8.º Un mapa de Francia con el servicio de etapas.
- 9.º Un mapa del Delfinado y de la Provenza.
- 10.º Una lente acromática.»

«Los cuatro primeros objetos pedidos no existen en el Depósito y sería preciso adquirirlos en numerario efectivo, lo cual exige un gasto considerable, puesto que sólo la *Descripción del Piamonte* tiene el valor de 300 libras.»

«El General de Brigada Director del Depósito de la Guerra y de Geografía, opina que es tan útil como ventajoso que se provea a los Generales de los efectos que les sean necesarios para la dirección de las operaciones militares, y propone al Ministro resuelva acerca de los que crea deben proporcionarse al General Bonaparte.—Firmado, Calonne.»

Debajo figura la resolución del Ministro, que dice:

«Concedido lo que el Depósito pueda proporcionar.»

Aparte del conocimiento geográfico del territorio en el que se proponía actual (como lo hizo, principalmente en la Lombardía), requería también *el auxilio de la Historia* en la de las campañas de Maillebois (las que hizo en el Noroeste de Italia: triunfal la de 1745, y desgraciada la de 1746, ésta en el Milanesado), el Príncipe Eugenio (francés que, por mal trato de Luis XIV, luchó contra Francia al lado de los austríacos, venciendo a los franceses en 1701 en Mantua, en 1706 en Turín y en el Milanesado) y Vendôme, por sus campañas (1702 y 1706), de varia fortuna, frente al Príncipe Eugenio y a otros Generales de Austria.

El mapa y la descripción del Piamonte le interesaba por ser esta región de Italia lindante con la Liguria, en la que estaba el Ejército

que iba a mandar, con la Lombardía, que pensaba invadir, y, también, con Francia, su base natural de abastecimiento de hombres, víveres, material, etc. Por esto último pedía igualmente un mapa con la división territorial de Francia y, de modo especial, los de sus comarcas del Delfinado y la Provenza, vecinas del Piamonte. También pedía gráficamente (para rápido examen) el servicio de etapas de Francia para su utilización en los servicios de retaguardia, tan importantes para la actuación militar y para la vida de un Ejército en operaciones.

En la lectura de las campañas de aquellos Generales, en los territorios que él pensaba invadir, quiso ver las causas de los éxitos y de los fracasos; es decir, *las lecciones de la Historia*, para aprovecharlas en lo que pudiera ser previsible por su genio militar.

UNA OPINIÓN DE ALTA CALIDAD

Nos referimos a la expresada, en solemne ocasión, por nuestro prestigioso Ministro del Ejército, Teniente General Barroso, respecto a la guerra moderna y a los problemas que plantea en los órdenes espiritual y material a cuantos han de ejercer el mando de tropas, tanto en la preparación para aquélla como en su ejecución, teniendo a la vista lo que enseña la Historia.

Dicho Ministro, al recibir a la guarnición de Zaragoza, el 5 de julio de este año, en aquella Capitanía General, dijo, entre otras cosas, según la referencia del Prensa del 6:

«Es generalmente cierto que una guerra nueva se inicia con los procedimientos con los que finalizó la anterior, y por ello la tarea de los Estados Mayores, entre dos conflictos, es estudiar y analizar exhaustivamente cuáles de aquéllos hubieran alcanzado el éxito aunque el contrario no hubiese cometido errores y, conocido esto, perfeccionarlos y buscar la *sorpresa inicial* (10). Hoy parece indudable que, en un nuevo conflicto de carácter general, representarán un importante papel los desembarcos aéreos en las retaguardias, las acciones de comandos y guerrillas, e incluso las quintas columnas (11). Felizmente para los españoles, este tipo de guerra concuerda perfec-

(10) He aquí, bien destacado, este gran principio de la guerra: la sorpresa.

(11) Todos estos medios de lucha han sido empleados en la reciente guerra

tamente con las características de nuestra raza, ya que la iniciativa, el valor, la astucia, la sobriedad y la resistencia física son cualidades que tenemos perfectamente *acreditadas en el curso de la Historia.*»

Subrayamos, con la más grande satisfacción, este concepto de las lecciones de la Historia, sustentado tan acertadamente por nuestro ilustre Ministro, que añade:

«Ha de tener valor la condición de la retaguardia, y la nuestra es sana, manteniendo el espíritu nacional completamente refractario a las doctrinas exóticas.» Esa es otra lección de la Historia; en esto la de España, tan interesante.

Respecto al empleo de las armas atómicas (si llegara a producirse, lo que no se puede afirmar, pero sí prever para proveer), las palabras del Teniente General Barroso son de alta significación respecto al valor de las innovaciones científicas —a las que hay que adaptarse— y, al propio tiempo, a la importancia del elemento tradicional, que se debe conservar racional y no rígidamente.

En relación con «el probable empleo de las armas atómicas en un futuro conflicto, dijo que esta posibilidad no debe deslumbrar a los militares, ya que si importan las armas, más deben importar los hombres que las manejan y sufren sus efectos. Para poder vencer habrá que desalojar al enemigo del terreno que ocupa, y mientras quede un hombre sobre él, empuñando un arma y con moral para emplearla, no habrá victoria posible. Ahora bien, todas estas consideraciones han de llevarnos a la necesidad de adaptar la organización militar clásica a la necesidad de crear una nueva organización militar de retaguardia (12), con la que sea posible enfrentarse a las nuevas concepciones doctrinales».

LA HISTORIA MILITAR. SU INTERPRETACIÓN EN FRANCIA Y EN ALEMANIA

En la Escuela Superior de Guerra de París pronunció una magnífica conferencia el Teniente Coronel Pogens, con el título de «Objeto»

(12) Con la preparación, las prácticas y... el estudio de la Historia, especialmente en lo que afecta a la guerra, pero sin prescindir de la Historia general, con la que está tan ligada.

to y método del Curso de Historia Militar» (referente al que allí se inauguraba), el 12 de diciembre de 1932.

Como se ve, habló *entre las dos Grandes Guerras* el disertante, distinguido Jefe, entonces destinado en el Centro de Altos Estudios Militares.

Es muy valioso el contenido de este trabajo, del que damos breve referencia ante la necesaria limitación del nuestro :

«Cuanto más nos alejemos de la Gran Guerra (13), más indispensable se hace el conocimiento de la Historia Militar en la formación del Oficial, y, sobre todo, del Oficial del Estado Mayor ; *ella únicamente puede mantenerle en contacto con la realidad, ella sola puede evitarle dejarse arrastrar a estudios de un orden demasiado exclusivo.*» (Subrayamos.)

«La Historia no se propone reseñar la sucesión material de los hechos ; ella ha de mostrar cómo han sido engendrados y hallar, si es posible, la idea que se tradujo en tales hechos ; ella debe ser *explicativa y psicológica.*» (Subrayamos.)

Dijo que, en Francia, había «una crisis de Historia», sobre todo de Historia Militar ; es decir, de su estudio y su meditación.

«Es innegable que la Historia Militar ha atravesado después de la guerra, sobre todo en Francia, una verdadera crisis ; aquélla había caído en gran descrédito ; no se leía en absoluto, no se editaba ninguna obra de Historia Militar.»

«En Alemania, al contrario, se ha asistido, después de la Gran Guerra, a una verdadera explosión de obras militares, especialmente de Generales que han querido explicar la causa de sus derrotas ; después de 1870 nosotros procedimos de este modo, yendo a buscar en el estudio de las campañas del Primer Imperio *las lecciones de la época napoleónica.*» (Subrayamos.)

Es decir, *las de la Historia*. Entonces, los franceses, para explicar sus desastres, buscaron las causas en el olvido de «las lecciones de la época napoleónica», para rememorarlas en lo sucesivo.

Agregó que la Historia «contribuye a hacer flexible nuestro espíritu y *desarrolla en nosotros el sentido crítico* (14). Ella nos muestra *cómo los grandes Jefes de todos los tiempos han resuelto los pro-*

(13) La de 1914-18, naturalmente.

(14) Subraya dicho jefe.

blemas que les planteaba la guerra (15); ella nos pone ante situaciones variadas que se modifican sin cesar y, por ello, nos prepara para la guerra futura de la que no sabemos nada, sino que surgirá por *una sorpresa.*»

He aquí también este gran principio de la guerra. Añadió:

«... en la época actual, la utilización de las invenciones científicas para el armamento ha tomado un desarrollo tan rápido y de tal amplitud que todas las sorpresas son de temer.»

«El estudio de los comienzos de guerra nos habituará, por tanto, a no asombrarnos por las situaciones más imprevistas», y dará la «habilidad de adaptarse».

«La Historia Militar nos mostrará, además, un factor que, en la guerra, sigue siendo preponderante: *la psicología del Jefe.*» (Subrayamos.)

«Únicamente la Historia os permitirá sondear los secretos de la psicología humana; sólo la Historia os hará conocer la diversidad de carácter de los hombres, lo cual prohíbe, como decía el Coronel Lestien, «tratar a un Murat como a un Bernadotte, a un Soult como a un Berthier, a un *peludo* de 1918 como a un soldado de 1914.» Aquí aludía a los años extremos de la primera Gran Guerra, como se ve.

Aconsejó los «viajes de Historia» (como complemento del estudio de ésta) a terrenos donde se desarrollaron campañas o batallas. Esto se hizo mucho en España.

Omitimos más detalles de esta interesante conferencia, pero no terminaremos sin reproducir lo que dijo, de nuevo, respecto a la diferencia entre franceses y alemanes en lo que afecta al tema que examinamos:

«El desprecio de la Historia, que nos hizo perder el contacto con la realidad en el período de ante-guerra (16), ocasionó en gran parte que surgieran las doctrinas funestas con las cuales nos lanzamos, sin cuidarnos ni del terreno, ni del número, ni del fuego, al encuentro de un adversario imbuído de otros principios.»

«Y, después de 1918, ¿no tenemos tendencia, principalmente en las maniobras, a recaer en los viejos errores?»

(15) Aquí, subrayamos nosotros. Este era el gran consejo de Napoleón, antes citado.

(16) Siempre, la de 1914-18.

ESTADO ACTUAL DE LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS

Aparte de los que se efectúan con carácter docente en Universidades y otros Centros de enseñanza, hay una verdadera fiebre en la resurrección de estos estudios en Centros especialistas de la materia, por la importancia y la trascendencia que tienen como fuente de grandes conocimientos para la Humanidad en los más variados aspectos de la vida.

Al propio tiempo, destacadas personalidades del pensamiento mantienen, con carácter individual, diversas doctrinas respecto a la Historia, en su profundidad como concepto fundamental, en sus manifestaciones y en su aplicación para explicar los hechos humanos acaecidos en distintas épocas y sus derivaciones en las siguientes.

En cuanto a los que sostienen teorías propias, a este respecto, citaremos algunos nombres: Toynbee, que, en contraposición al pesimismo del filósofo alemán Spengler (en su obra *La decadencia de Occidente*), mantiene un criterio optimista en su interpretación de la Historia (principalmente en su extensa obra *Estudio de la Historia*); Jaspers, al que preocupa primordialmente el devenir histórico, es decir, lo que puede ser previsible en la historia futura del hombre y de las colectividades humanas; Huxley (un biólogo inglés, en su libro *La revolución actual*), igualmente preocupado por el porvenir histórico humano, el cual afirma, hondamente impresionado ante lo portentoso —casi increíble— del progreso, que la Humanidad está viviendo en el reino de la Utopía, al convertir (por la extraordinaria técnica científica) en realizaciones prácticas muchas cosas que no hace aún muchos años parecían sueños irrealizables, teorías fantásticas; y, en este orden de ideas, su imaginación, en vuelo filosófico, se remonta a escrutar el porvenir humano en ese respecto.

No pudiendo extendernos más, citaremos el examen comparativo que hizo Laín Entralgo en un estudio titulado *Dilthey y el método de la Historia* (17), entre este filósofo-historiador y Rickert, en sus diversos modos de enfocar la Historia.

Dice, entre otras cosas, que Rickert —en un mundo formalista—

(17) «Boletín Bibliográfico». Instituto Alemán de Cultura. Madrid, enero-junio de 1942.

«admite un sólo modo de conocer: el conocimiento por conceptos, sean éstos naturales o culturales e históricos. Dilthey admite, en cambio, dos distintos modos de conocer: un conocimiento inmediato, intuitivo —*la vivencia comprensiva de la realidad histórica* (18)—, y otro, mediato, constructivo y artificial: el de las ciencias de la Naturaleza».

«El mundo histórico es, para Rickert, abstracción lógica; para Dilthey, realidad humana concreta.»

Los militares no podemos estar ausentes de este movimiento intelectual; de esta ebullición de las ideas que tiene por tema la Historia, tan ligada a la Política, y, por la Política (Clausewitz), a la guerra. Y, en fin, por ésta, igualmente a nuestra profesión, cuya principal razón de existir es su actuación en conflictos guerreros.

En lo que afecta a la *Historia Militar*, rama importantísima de la Historia general (la Historia de la Humanidad va unida a la de las guerras; causas éstas de grandes males, pero también de grandes progresos), hay que decir que se estudia, igualmente, en estos tiempos con la mayor intensidad. Existen Centros dedicados exclusivamente a ese su estudio, y destacadas personalidades que lo cultivan, debiendo citarse al mencionado Toynbee y a Sir Charles Petrie, Presidente éste de la Sociedad de Historia Militar de Irlanda, entre otros.

La Revista que el Ejército francés publicó durante el período de Presidencia de la República de Francia del Mariscal Petain (ocupada ésta por los alemanes) insertó magníficos trabajos de carácter histórico, con excelentes grabados de tropa y batallas, procedentes de los Archivos militares franceses.

La Historia Militar de España es de enorme extensión y trascendencia, ya que nuestros soldados lucharon en casi todo el mundo (leed, los que no lo conocáis, el sugestivo libro del ilustre General e historiador español Gómez de Arteche titulado *Un soldado español de veinte siglos*), y aunque los españoles, según la conocida frase, fueron «largos en facellas y cortos en contallas», hay en nuestros Archivos (principalmente en el del Servicio Histórico Militar y en el General de Segovia, por hablar sólo de los militares) abundantes e interesantísimos documentos manuscritos y gráficos —aparte de lo que las Bibliotecas pueden proporcionar— que permiten redac-

(18) Subrayamos.

tar magníficos trabajos, especialmente en una revista que cultive esta especialidad, como se propone hacer la presente.

Valiosos libros se han escrito o publicado después de nuestra Guerra de Liberación, ya de Historia Militar en general, ya sobre dicha guerra, o monografías diversas y biografías, no citando nombres de autores por evitar omisiones.

Es un deber de justicia destacar las magníficas realizaciones y los excelentes proyectos del Servicio Histórico Militar, único Centro especialista de la Historia que tiene el Ejército Español y del que pueden esperarse los mejores frutos.

Este cuadro de entusiasta actividad en los actuales estudios histórico-militares fomenta la más halagüeña esperanza para lo venidero.